

La novela
TEATRAL

185

30 cts.
S. LINARES
BECFMD

La Venta de Don Quijote
Novela de política en verso
G. Fernández Shaw



JUAN
1924

No pierda el tiempo! En sus ratos de ocio lea estas obras:

PESETAS

| | |
|--|------|
| ANTON DEL OLMET Y GARCIA CARRAFFA.— | |
| <i>Los grandes españoles: "Alfonso XIII".—Dos tomos)</i> | 8,00 |
| <i>"Canalejas"</i> | 4,00 |
| <i>"Costa"</i> | 4,00 |
| <i>"Marina"</i> | 4,00 |
| <i>"Maura"</i> | 4,00 |
| ANTON DEL OLMET Y TORRES BERNAL.— | |
| <i>Los grandes españoles: "Cajal"</i> | 4,00 |
| <i>"Palacio Valdés"</i> | 4,00 |
| <i>"María Guerrero"</i> | 4,00 |
| ANTONIO BARRENECHEA (Mariano).— <i>"Ensayo sobre Federico Nietzsche"</i> | 3,50 |
| ANTONIO MAURA.— <i>Treinta y cinco años de vida pública.—(Ideas políticas, doctrinas de gobierno y campañas parlamentarias, recopiladas por J. Ruiz Castillo.) 2 tomos</i> | 8,00 |
| <i>Apuntes de una reina de hoy</i> | 3,00 |
| ARAGON Y MONTEJO (J).— <i>Vides y vinos</i> | 3,00 |
| <i>Máquinas y motores</i> | 3,00 |
| ARÁMBURU Y MACHADO (Mariano).— <i>Literatura crítica</i> | 3,50 |
| (Ediciones literarias). | |
| ARÁNZADI (T.) y HOYOS SAINZ (L).— <i>Etnografía.—Sus bases, sus métodos y aplicaciones a España</i> | 3,50 |
| ARAQUISTAIN (Luis).— <i>Entre la guerra y la revolución.—España en 1917</i> | 3,00 |
| <i>El peligro yanqui.—Dos meses en los Estados Unidos</i> | 5,00 |
| <i>Las columnas de Hércules.—(Farsa novelesca)</i> ... | 5,00 |
| <i>Polémicas de la guerra 1914-1915</i> | 3,50 |
| <i>Dos ideales políticos y otros trabajos (En torno a la guerra)</i> | 3,50 |

Pedidos a

'Prensa Popular'

Calvo Asensio, 3, Madrid, Apartado 8.008

N.º 406
Año IX

1-Z-603185 R-90805
LA NOVELA TEATRAL

Madrid 31
Agosto 1924

DIRECTOR: JOSE DE URQUIA

ADMINISTRACIÓN: MADRID.-CALVO ASENSIO, 3.-APARTADO 8.008.-TELÉFONO J-634

PRECIO DEL EJEMPLAR: 30 CÉNTIMOS

LA VENTA DE DON QUIJOTE

COMEDIA LÍRICA EN UN ACTO, ORIGINAL DE

Carlos [Fernández] Shaw

PERSONAJES

EL SEÑOR MIGUEL.—DON ALONSO.—BLAS.—EL VENTERO.—TOMASA.—MARITORNES.—LA SOBRINA DE DON ALONSO.—SU AMA DE LLAVES.—EL ARRIERO.—EL CUADRILLERO.—EL BARBERO.—EL CURA.—UN GAÑAN.

Arrieros, trajinantes, segadoras y segadores.

La acción a fines del siglo XVI, en el mes de Junio y en una Venta de la Mancha.

ACTO ÚNICO

Puerta de la venta. A derecha e izquierda puertas, en primero y tercer término, que comunican con habitaciones de la posada, y en segundo otras mayores que dan paso a otros cuerpos del edificio. En el fondo gran portalada. Forllo del campo. Al empezar el acto es de día.

Maritornes, Tomasa, un Arriero. Coro general. Segadores, segadoras, trajinantes; gente del mesón, etc., etc.

Forman las mujeres y hombres del Coro variados y pintorescos grupos. Acaban de comer. Sentados los unos a toscas mesas, en corro los otros sobre el suelo. Maritornes y Tomasa van de un lado a otro. La animación es grande y grande la alegría. El Arriero, como lo indica el cantable, entra al empezar el número.

MUSICA

CORO.—(Golpeando los platos con las cucharas.) todos con igual carga.)
ARRI.—Aquí está el vino
¡Pronto, que es tarde!
¡Vamos, Colás!
CORO.—¡Gracias a Dios!
ARRI.—Vino de sobra.
ARRI.—(Entrando.)
Vino pa tóos.
Aquí está el vino.
TODOS.—Venga pa cá.

(Entra el Arriero con una gran bota de vino en cada mano, seguido por otros hombres del campo que vienen

(Gran algazara.)

Este es el premio con que os osequian, ya que acabásteis al fin a siega.

CORO.—¡Suéltalas pronto!
¡Vengan las botas!
ARRI.—¡Por dónde empiezo?
CORO.—¡Vengan y corran!
(Pasan las botas de mano en mano y van empujándolas todos. Crecen el bullicio y el holgorio.)
TOM.—Allá va el vino;
vino pa tóos.
CORO.—Esta es la misma
gracia de Dios.

(Voces, gritos, alegría.)
ELLAS.—¡Ay, qué vinillo tan delicioso!
ELLOS.—¡Esto es un vino de lo mejor!
TODOS.—Es que parece que por las
[venas

va repartiendo rayos de sol.
ARRI.—¿Verdad?
CORO.— Verdad.
Vinos de veras
la Mancha da.

ARRI.—Manchega de mi vida,
dame la mano,
si es que quieres conmigo

pasar el charco.
Ven a la iglesia
para hacerme el manchego
de mi manchega.
(Maritornes sonríe con satisfacción.)

Te comparo a las aspas
de los molinos,
que si no sopla el viento
no muelen trigo.
Tú estás callada
mientras yo no te muevo
con mis palabras.

Canta que canta
no he de estarme yo a solas.
¡A ver quién baila!

ELLOS.—Vamos, muchachas.
ELLAS.—¡A bailar seguidillas!
TODOS.—¡Viva la Mancha!

(Bailan Tomasa y Maritornes con dos mujeres del mesón. El Arriero toca la guitarra. Al final del número bailan todos y acaba aquel en medio de gran bullicio y alegría.)

Dichos. El Ventero.

HABLADO

VEN.—¡Diantre! ¿Qué es esto? *(Por la primera izquierda.)*
ARRI.—¡El Ventero
MAR.—¡¡El amo!
TOM.—¡Mi padre! *(Cesan las voces.)*
VEN.—¡Miren qué holgorio! ¿Se os ha figurado que esta es la Venta del Ruido?
TOM.—¡Padre!
VEN.—¡No hay padre que valga!
TOM.—Ya sabéis que han arrematado la siega y que estaban celebrádo'lo.
¡No hemos comido también los demás?
VEN.—Celébrelo cuanto quieran los muy vagos. Pero fuera, fuera de aquí; ahí, al campo abierto donde tenéis el rancho.
UNO.—Vuesa merced se alivie, que ya nos vamos.
VEN.—Bueno, bueno. *(Van sabiendo por el foro los segadores y las mujeres. El Ventero habla aparte con Tomasa. Maritornes con el Arriero.)*
ARRI.—(¡Que no me faltarás!)
MAR.—(¡Quita, bestia!)
ARRI.—(¡En cuanto estén todos adormilados!)
MAR.—(Que sí.)
ARRI.—(Te digo que tienes un cuerpo que...)
MAR.—*(Riéndose desgarradamente, con satisfacción.)* ¡Já, já, já!
VEN.—Vaya, vaya, a lo que haya que hacer. Pues señor...
ARRI.—Ya va, ya va. *(Hace mutis socarronamente por el foro izquierda volviendo la cara para mirar a Maritornes.)*
VEN.—Y hala tú, Maritornes, pingajosa.
MAR.—¡Pingajosa! *(Mutis por la segunda izquierda.)*

VEN.—¡La muy!... ¡Vamos! Hembra más reñida con la honestidad no la hay.) Y tú, hija a tus quehaceres, a dar el ejemplo.

TOM.—Con todo mi gusto.

VEN.—¡Ah! Y que no me perdáis de vista a ese desconocido sospechoso; al que vino ayer.

TOM.—Ni por pienso.

VEN.—Adiós, hija, adiós. Tú sí que eres buena. *(La va acompañando, abrazándola, hasta que ella hace mutis por la segunda izquierda.)* ¡Y miren que hace falta virtud para no dejar de serlo en esta ajetreada vida.

El Ventero, la Sobrina, el Ama, el Cura y el Barbero. Estos entran apresuradamente por el foro derecha. Llegan como rendidos por el anhelo y la fatiga.

BAR.—*(Dentro.)* ¡Ah, de la venta!

CURA.—*(Idem.)* ¡Ah, de la venta!

VEN.—¡Cómo! *(Viéndolos llegar.)* Pasen vuestras mercedes.

CURA.—¿Sois el ventero?

VEN.—Para servir a Dios y a vuestra reverencia.

AMA.—Decidnos entonces lo que sepáis de mi señor don Alonso.

VEN.—¿De vuestro señor?

AMA.—¿Está en la venta? ¿Le habéis visto pasar? ¡Tened piedad de la más infeliz de cuantas amas de llaves han existido!

BAR.—Callad, hermana. Preguntad mejor si está en la posada, o si ha estado en ella. e' loco más loco que Dios ha mandado al mundo.

CURA.—¡No tanto, maese barbero! Cierto que mi señor don Alonso está dejado de la mano de Dios para cuanto se roza con sus desatinadas empresas; pero en no tocándole a ese punto, no existe hidalgo más cabal, ni hombre de mejor juicio en toda la Mancha.

VEN.—¡En Dios y en mi ánima, señores, que si no os explicáis más claramente, no será fácil que os entienda!

SOB.—Yo os lo diré. Venimos buscando a mi tío que se ha escapado de casa.

VEN.—¿Pero quién es vuestro tío?

SOB.—Don Alonso de Pimentel, un hidalgo que vive en un lugar a seis leguas de aquí, buen cristiano, temeroso de Dios, que ha dado en la más extraña manía en que puede dar un nacido.

VEN.—¿Y qué manía es esa?

SOB.—La de creer que han vuelto para el mundo los tiempos que pintan los malditos libros de caballería de que tiene llena la cabeza.

VEN.—¡Ah!

CURA.—Hasta ahora, se contentaba con ser caballero andante en el lugar, pero desde hace días...

AMA.—Ese condenado de Blas tiene la culpa. Siempre le estaba empujando para que se lanzase por esos mundos en busca de aventuras.

BAR.—Es natural. Habíalo nombrado su escudero por ser el muy sandio e' único que tomaba en serio semejantes desvaríos...

SOB.—Y como le decía a todas horas que los caballeros andantes solían ganar imperios e ínsulas que cedían a veces a sus escuderos...

CURA.—Entróle al buen Blas el deseo de ceñir una corona...

AMA.—Y los dos se escaparon el martes por la noche del lugar.

BAR.—Don Alonso, caballero en un rocín que pasa de los veinte años.

CURA.—Y Blas en un rucio que cumplió los quince.

SOB.—¡Sin dineros!

AMA.—¡Sin vestidos cuasi!

CURA.—En busca de tuerfos que enderezar.

BAR.—Y gigantes y moros que vencer.

VEN.—¡Ah, sí! ¡Ya sé de quién habláis!

SOB.—¡Cómo! ¿Está en la venta?

VEN.—No; vuestro hidalgo no está en la venta ni yo le conozco, pero debe de hallarse por estos alrededores.

BAR.—¿Cómo sabéis?...

CURA.—¿Quién os ha dicho?...

VEN.—Unos arrieros que pasaron por aquí esta mañana, refirieron un lance que tiene algo que ver con esa historia.

SOB.—¿Qué contaron?

BAR.—¿Qué contaron?

VEN.—Que en el atajo, encontráronse con un hombre de mal parecer, largo y enjuto, montado sobre un mal roeín y armado con un enorme lanzón, que habiéndoles a gritos, e insultándoles, díjoles que soltaran a la princesa que cautiva llevaban. ¡Como si llevaran ellos princesas y no fardos! En vano fué que los pobres se esforzaran por traerle a buenas. Sin atender a razones, irguióse sobre los estribos el hombre de la lanza, y llamándoles malandrines y aun cosas peores, arremetió con tal furia contra mis huéspedes, que a no hacerle dar con sus huesos en tierra la lluvia de palos y piedras que sobre él lanzaron, alguno no hubiera contado la aventura.

CURA.—Es don Alonso, seguramente.

BAR.—Esas son sus manías: creer que las labradoras son princesas.

SOB.—Y cuantos encuentra a su paso monstruos y encantadores.

AMA.—Vamos en su busca al momento.

BAR.—¿Por dónde decís que lo encontraron esos hombres?

VEN.—Por el atajo; a la izquierda, según se sale.

BAR.—Pues corramos.

CURA.—(Al Ventero.) Tomad un escudo por vuestros informes.

VEN.—Gracias. Dios acompañe a vuestras mercedes. (Vanse la Sobrina, el Ama, el Cura y el Barbero por el foro izquierda, cruzándose al salir con el Cuadrillero, que llega foro derecha.)

El Ventero y el Cuadrillero.

CUA.—¿Nuevos huéspedes?

VEN.—Y de los que me agradan, señor cuadrillero; de los que pagan el gasto que no hacen.

CUA.—¿Cómo es eso?

VEN.—Ni un jarro de agua han pedido, y ved qué escudo tan reluciente me han dejado.

CUA.—Váyase por los que se os escapen sin pagar.

VEN.—De mi venta no se va nadie de ese modo.

CUA.—Pues ojo al hidalguillo que llegó ayer.

VEN.—¿El manco?

CUA.—Por mi nombre, que tiene traza de no haber visto en mucho tiempo un maravedí.

VEN.—Tampoco vale muchos el trato que aquí recibe. Anoche cenó las sobras de Maritornes y durmió aquí mismo sobre un costal de paja. (Mostrando los que están hacia el fondo derecha.)

CUA.—En peor sitio dormía antes.

VEN.—¿Eh?

CUA.—(Acercándose a él y con misterio.) Lo he visto hace una semana en la cárcel de Argamasilla.

VEN.—¿Ha estado preso?

CUA.—No se me despinta su cara. Es el mismo.

VEN.—¿De suerte que ese hombre?...

CUA.—He de averiguar quién es y a dónde va.

VEN.—Vedle. (Viendo aparecer al señor Miguel por la segunda izquierda.) Ahí le tenéis.

Dichos y el señor Miguel.

MIG.—Salud. Dios guarde al ventero.

CUA.—¿Sólo al ventero?

MIG.— Y a vos; perdonad.

CUA.— ¿Tiene el hidalgo de la justicia temor?

MIG.—Al contrario: siempre tuve por la justicia afición.

y aun cuando nunca la encuentro, nunca la pierdo el amor.

CUA.—(*Mirándole fijamente.*)

Pues se dice que con ella tuvisteis un tropezón.

MIG.—¿Cómo?

CUA.—Se os parece mucho, pero mucho, ¡vive Dios!

un hombre que hace unos días estaba en una prisión.

MIG.—¿Qué decidís?

CUA.— Que el que ha sufrido de las leyes el rigor

debe dar a todas horas

de su vida explicación.

MIG.—No hay tal; el que preso estuvo y de la cárcel salió,

saldó sus cuentas... con eso

que llamáis justicia vos.

CUA.—¿Razona bien el hidalgo!

MIG.—Fuí siempre razonador.

CUA.—¿Y hacia dónde se dirige?

MIG.—Al azar, sin dirección.

VEN.—¿En qué os ocupáis?

MIG.— Estudio.

CUA.—¿No es de viejos tal labor!

MIG.—¿Qué queréis?

CUA.— Ver vuestros libros.

MIG.—No estudio en los libros yo.

CUA.—¿Pues dónde?

MIG.— Aquí.

VEN.— ¿No sabía

que tuviese en el mesón biblioteca!

MIG.— En todas partes

la encuentra el observador.

CUA.—Mostradme en dónde leéis.

MIG.—En este momento, en vos.

CUA.—¿Cómo en mí?

MIG.— Porque ahora os hablo.

Si hab'ara con el señor, leyerá en él.

VEN.— ¿Son los hombres libros acaso?

MIG.— Lo son.

Y de corrido en sus ojos

leemos en su interior

algunos. Da mucha risa

llegar hasta el corazón

de los seres, ver sus vicios,

sus flaquezas, su valor,

su generosa hidalguía,

su rabia torba y feroz;

de éste la virtud austera,

de aquél el falso pudor,

la nobleza de los unos.

de los más la imperfección.

Observar cómo el tramposo

finje ser buen pagador,

cómo se ufana de rico

quien nunca tuvo un doblón,

cómo refiere sus duelos

el que en su vida riñó,

y cómo, en fin, alardean,

el callado, el hablador;

de veraz el embustero,

y el necio de discreción.

Ese es mi libro, ¡la vida!

¡el más hermoso! ¡el mejor!

¡por ser el libro de todos

y estar escrito por Dios!

CUA.—¿Sois muy sutil!

MIG.— Es lisonja.

CUA.—¿Y de qué vive el lector

de ese libro?

VEN.— ¿Tiene rentas?

MIG.—Escribe lo que observó;

no tiene más patrimonio.

CUA.—¿Ah, vamos! Sois escritor.

MIG.—Eso dicen.

CUA.— ¿Vuestro nombre?

MIG.—Los aires de la prisión

me hicieron que lo olvidara.

CUA.—¿Quién, si está limpio su honor

calló su nombre?

MIG.—(*Con viveza.*) Quien sabe

que lo deslustra un baldón

y no ha de decirlo, en tanto

que no brille como el sol.

CUA.—¿Si vos calláis, quién afirma

que no sois un malhechor?

MIG.—Este brazo. (*Por el izquierdo.*)

CUA.— ¡Extraña prueba!

MIG.—Pero que nunca engaño.

Aquí está mi ejecutoria.

CUA.—¿El ser manco es un blasón?

MIG.—Tal vez, si el brazo se pierde

en donde este se perdió.

Mirad bien lo que aquí dice.

CUA.—Yo no leo como vos.

MIG.—Pues aquí dice: *Lepanto,*

y el que en Lepanto luchó,

merece sólo por eso
respeto y admiración.

VEN.—¡Muy joven fuisteis soldado!

MIG.—Pero el serlo no impidió
que derramara mi sangre
sobre un viejo galeón.

Si aun vivieran aquel Doria

que aunque en Italia nació

es y será eternamente

g'oria del suelo español,

y aquel don Juan valeroso

que tanta fama añadió

a la sangre recibida

del invicto emperador,

algo os contarán acaso

de un mancebo que luchó

en la galera *Marquesa*,

según ellos, con valor.

Dura fiebre le postraba,

cuando e' eco del cañón

del memorable combate

los comienzos anunció.

Dejó el lecho, subió al puente

con presteza y sin temor,

y la sangre que en sus venas

la calentura inflamó,

pronto halló fácil salida

por cerca del corazón,

que el pomo turco en su pecho

dos anchas bocas abrió,

sin contar otra, que a un brazo

quitó por siempre el vigor.

Pero fué la mano izquierda

la herida ¡gracias a Dios!

La diestra quedaba libre,

y en ella un buen espadón.

Dichas, Tomasa; Maritornes; el Arriero; Coro general. Entran los nuevos personajes aprisa, y en su mayor parte asustados, por la segunda izquierda

TOM.—¡Padre! ¡Padre!

VEN.—¿Qué pasa?

TOM.—¡Que el diablo ha entrado en la venta!

CUA.—¿El diablo?

MIG.—¿Cómo el diablo?

MAR.—Si no lo es, lo parece.

ARRI.—Callad, si es un infeliz....

TOM.—Que viene con un espadón desenvainado, queriendo matar a todo el mundo.

CUA.—¡A ver, a ver! ¡Qué es eso?

MAR.—¡Jesús! ¡Ahí está! (*Viendo aparecer a don Alonso espada en mano por la segunda izquierda, persiguiendo a un tropel de aldeanos.*)

Dichos y don Alonso.

ALO.—¡Teneos follones, malandrines! Ríndanse todos ante el fi'o de mi vencedora espada. (*Cuadro.*)

VEN.—¡Eh! ¿Qué es eso? ¿Quién sois?

ALO.—Mejor hiciera en responder el que interroga. ¿Quién sois vos?

VEN.—¡Donosa pregunta! El dueño de esta casa, e' ventero.

Con él entró al abordaje
del enemigo feroz
en dos barcos, con él hizo
cosas que públicas son...
y la fiebre mitigada
por la sangre que vertió,
pudo ver el desengaño
de aquella escena de horror.
Rojo el mar y rojo el cielo;
sobre el agua, en confusión;
hombres que aún en la agonía
se atacaban con furor;
cadáveres, jarcias, velas,
naves rotas en montón...
roncos gritos de victoria,
tristes ayes de dolor;
el aire, cárdena nube,
el mar, inmenso crisol;
más de doscientas galeras
ardiendo en vivo fulgor,
y e' de Austria, en la suya, alzando
de España junto al pendón
el del vencido agareno
que con su mano apresó.
¡Era el cuadro tan hermoso
que para verlo mejor
el sol con vivos destellos
la humareda desgarró;
y así tuvo la figura
del glorioso vencedor,
por espada, rayo ardiente,
por corona, el mismo sol!

CUA.—Por mi nombre, que interesa
a gallarda relación.

MIG.—Si eso dice quien lo escucha,
¿qué no dirá quien lo vió?

ALO.—¡El ventero! ¿Es esto una venta, acaso?

VEN.—¿Pues no le estáis viendo?

ALO.—(Con *extremada finura y envainando la espada.*) Lo que veo, alto y muy poderoso señor, es el peregrino ingenio de vuestra grandeza. ¡Deliciosa burla! Llamar venta a este vuestro hermoso castillo, es más hermoso que vieron ojos humanos, centro del boato y refugio de la hospitalidad.

TODOS.—¿Eh?

TOM.—¿Qué dice ese hombre?

VEN.—¡Ay, debe ser el que se encontraron los arrieros!

MIG.—¡Extraña manía!

ALO.—Sí, noble castellano! tenéis el honor de alojar en vuestra fortaleza al más venturoso de los andantes caballeros, puesto que su buena fortuna le ha conducido hasta ella. ¡Y en trance bien duro, ¡vive Dios!, que una turba de moros perversos no ha mucho arrebatóme, villanamente, a mí escudero, después de habernos agasajado con sendas tollinas! ¡Sabéis acaso cuál pueda ser el maleficio de que esos truhanes usan, que llegue a poder conmigo? (Cambiando de tono.) ¿Visteis, por ventura, acá, en el castillo, siquiera maltrecho y acojido, a mi galán escudero?

CUA.—Vaya, vaya, basta de chanzas, buen hombre.

ALO.—(Airado) ¿Quién es el atrevido que osa decir que me chanco?

CUA.—Yo, un Cuadrillero de la Santa Hermandad; un representante de la justicia.

ALO.—(Con gran satisfacción.) ¡Venid a mis brazos, señor Condestable!

TODOS.—¿Eh?

CUA.—¡Condestable!

ALO.—No temáis que yo falte a los respetos que se os deben como Justicia mayor de estos reinos, por más que vuestra jurisdicción no alcance a los que, como yo, viven dentro de la estrecha religión de la Caballería.

MIG.—¡Vive Dios, que no he visto jamás tan curioso desvarío!

MAR.—(Desgarradamente.) ¡Es muy gracioso! ¡Já, já, já!

ALO.—(Volviéndose rápidamente hacia Maritornes.) ¿Os reís, hermosa princesa?

TODOS.—¡Jesús!

TOM.—¡Princesa Maritornes!

ALO.—(Acercándose paso a paso a Maritornes.) Hermosísima dama en quien la honestidad corre, sin dudas, parejas con la hermosura; permitid a quien tiene por culto el acatamiento a la bellaza, posar los labios en vuestra mano a abas-trina. (Besándola en una mano.)

ARRI.—(Al verlo.) ¡Pues no la besa la mano! ¡Eh, alto ahí! ¡Cuidado conmigo!

ALO.—¿Quién sois?

ARRI.—Quien no consiente que toquéis a esa moza.

ALO.—¿Seréis quizás el gentil mancebo que suspira por sus gracias?

ARRI.—Yo no suspiro por nadie; lo que os digo es que os desharé el rostro de una puñada, si volvéis a acercaros a ella.

ALO.—(Yendo hacia él y con un grito estentóreo.) ¡A mí!

TOM.—(Separando al Arriero.) Déjalo, hombre. ¿Vas a tomarlo en serio?

ALO.—(Fijándose en Tomasa.) ¡Oh, qué aparición divina! ¿Sois estrella o mu-
jer, flor o astro, emperatriz o reina?

VEN.—Es mi hija, y no hay para qué decirla esas cosas.

ALO.—¡Vuestra hija! ¡La hija del poderoso castellano! ¡Oh! ¡Oh! (Volviéndose a Tomasa y declamando entre el asombro general.)

Filís encantadora

Filís, blanco lucero,

por quien derrama lágrimas la aurora
sobre los campos de amapolas rojas
remedo de las perlas de tus ojos.

a tus pies un andante caballero;
por la cruz de su espada
jura tenerte siempre por amada.

Desde hoy serán tan so'o mis empresas
salvar cautivas, rescatar princesas,
y entre lauros triunfantes
matar encantadores y gigantes.

No comeré a manteles
sin conquistar un reino a los infieles,
ni dormiré en mi lecho
sin rendir con mi amor tu blando pecho.

Contéplame y no llores,
estrella virginal, flor de las flores.

CUA.—(Dando un salto.) ¡Yo!

VEN.—(Enojado.) Vaya, señor hidalgo, dejáos de tantas bur'as! (Don Alonso
sacrie con aire de triunfo.)

MIG.—(En voz baja al ventero.) (¡No le contrariéis; dejádmelo! Yo me encar-
go de él.) (A don Alonso.) Dos palabras, caballero.

ALO.—(Rápidamente.) ¡Qué queréis ¿Sois víctima de alguna injusticia? Ha-
blad: mi brazo es de los débiles y perseguidos.

MIG.—Tengo que decirlos, oh compendio ilustre de los manchegos campeones,
que no es bien que un tan va'eroso caballero como vos, enamore de esa suerte a
la primera castellana que encuentre en su camino. ¿Qué diría quien supiera que
os habéis echado al campo sin tener antes elegida vuestra dama?

ALO.—(Vacilando.) ¿Ha de ser antes?

MIG.—Naturalmente. ¿Vos no habéis amado nunca?

ALO.—Nunca. Es decir: siendo mozo estuve para casarme con cierta joven
corcovada y fea...

MIG.—¡Oh! Pues esa, esa es vuestra dama. Corregidla con la imaginación,
que hace milagros. ¿Era labradora? Hacedla reina. ¿Se llamaba?...
ALO.—Sinforosa.

MIG.—Pues llamada Tisbe. ¡¡La reina Tisbe! Esa es la dama de vuestros
pensamientos. A ella sola habéis de ser fiel en la vida.

ALO.—¡Hombre maravilloso! Tenéis razón. Me habéis convencido. Pero en-
tonces... (Acercándose a Tomasa y volviendo al tono con que dijo la estrofa an-
terior.)

¡Oh, Filis, Filis bella;
víctima del amor que te atropella!
Escúchame sin miedo.

Corresponder a tu pasión no puedo.
Filis encantadora,
deja de perseguirme desde ahora.

VEN.—(Furioso.) ¡Bueno! ¡Basta! ¡Basta! ¡Ya esto es demasiado!

MIG.—(¿Pero no veis que no está en sus cabales? ¡Sigámosle el humor!)

TOM.—(Dice bien el señor hidalgo, padre.)

BLAS.—(Dentro, a voces.) ¡Amo mío! ¡Amo mío!

ALO.—(Con grande alegría.) ¡Oh, por fin! ¡Es la voz de Blas! ¡Mi escudero!
(Suben todos al foro.)

CUA.—(Mirando.) ¡Jamás vi escudero más rechoncho!

MAR.—Parece un botijo. (Todos ríen.)

TOM.—(Llamándole.) ¡Aquí, aquí tenéis a vuestro amo!

Dichos y Blas. Este, bajo y grueso, entra andando difícilmente a compás de la
música.

MUSICA

(Grandes carcajadas al verlo aparecer
por el foro derecha. Empieza a ano-
checer.)

BLAS.—¡Ay, don Alonso!

ALO.—¡Mi pobre Blas!

¡Ven a mis brazos!

BLAS.—¡No puedo más!

ALO.—¡Ay, qué grande es mi gozo
al volverte a encontrar!

BLAS.—Yo no sé, don Alonso,
si reir o llorar.

CORO.—¡Qué gentil escudero!

¡Qué donoso galán!

MIG.—A la vez siento impulsos
de reir y llorar.

BLAS.—Pensé que nunca
volviera a veros.

ALO.—Moros malditos
eran aquellos.

BLAS.—¡Qué gran somanta
la que nos dieron!

ALO.—¿Tú has visto nunca
moros más perros?

TODOS.—¡Mirad qué caras!

¡Mirad qué gestos!

¡Mirad qué trajes!

¡Mirad qué cuerpos!

ALO.—Veinte fieras por lo corto
se lanzaron contra mí,
entretanto que las otras
se lanzaban contra ti.
BLAS.—Yo los veía por los suelos
rebramando sin cesar,
entretanto que me daban
otra tunda colosal.

ALO.—¡Yo tan bravo
caballero!

BLAS.—¡Vos vencido!

ALO.—Calla, Blas.

Danme ganas
de reir.

BLAS.—Siento impulsos
de llorar.

ALO.—Ven a mí.

BLAS.—Voy allá.

(*Se abrazan.*)

¡Jí, jí, jí!

ALO.—¡Já, já, já!

CORO.—Dale al loco

por reir,

y al mastuerzo

por llorar.

ALO.—Tales golpes me asestaron,
a pesar de mi valor,
que me han hecho de las carnes
un purísimo dolor.

BLAS.—Yo no sé qué es lo que hicie-
los muy brutos sobre mí, [rob.

Sólo sé que no me encuentro
de los palos que sufrí.

ALO.—¡Yo tan noble!

¡Yo tan fuerte!

BLAS.—¡Vos vencido!

ALO.—Calla, Blas!

Danme ganas

de reir.

BLAS.—Siento impulsos
de llorar.

ALO.—Ven a mí.

BLAS.—Voy allá,
etc., etc.

ALO.—¡No más suspires!

Recobra el ánimo,
que yo mis armas

recobraré,

porque me esperan

nuevas hazañas,

nuevas conquistas,

nuevo laurel.

Tú, denodado,

me seguirás.

¡Fuera follones

y malandrines!

Zís, zás,

zís, zás.

CORO.—¡¡Ay, qué pareja
tan divertida!

¡¡Já, já!

¡Já, já!

ALO.—Con lanza firme,

fuerte el escudo,

gallardo el cuerpo

sobre el corcel,

saldré de nuevo

por esos campos,

y a los gigantes

espantaré.

Tú, denodado,

me seguirás.

Fuera follones,

etc., etc.

CORO.—¡Ah, qué pareja
etc., etc.

HABLADO

BLAS.—¡Ay, amo mío! ¡Cómo me duelen los huesos de las pedradas de
aquellos arrieros malditos!

ALO.—Encantadores y no arrieros has de decir.

BLAS.—¡Aún sigue vuesa merced creyéndoles encantadores?

ALO.—¿Pues cómo me hubieran vencido sin el auxilio de un poder sobrena-
tura? ¡Ah! Oye. (*Llevándose aparte, con misterio.*)

TOM.—(Con los otros, y mirando a don Alonso y Blas.) ¡Pero no oís como hablan?

CUA.—El escudero es más sandio que el amo.

MIG.—(Para sí.) (¡Los dos, los dos son admirables!)

ALO.—(A Blas, en secreto.) Sí, Blas; me hallo en un grave aprieto. Mi honestidad corre pe'igro.

BLAS.—¿Vuestra honestidad?

ALO.—La hija del poderoso señor de este castillo se ha enamorado locamente de mí.

BLAS.—¿Qué castillo?

ALO.—Este en que estamos.

BLAS.—(Abriendo mucho los ojos.) ¡Ah! Bueno. ¿Pues tiene más que dejarse querer?

ALO.—¡Eso se dice fácilmente! ¿Y Tisbe?

BLAS.—¿Quién es Tisbe?

ALO.—¿Acaso lo ignoras? ¿Y acaso no sabes que la fidelidad es el más sagrado deber de los andantes caballeros? Te digo que esta noche has de velar a mi lado. Todas las precauciones son pocas cuando se trata de una mujer tan herida de amor como lo ha sido esa castellana por mis atractivos.

BLAS.—¿Pero es posible? ¿Qué es lo que tanto la ha cautivado de vos?

ALO.—Qué se yo. Los caballeros andantes solemos inspirar pasiones terribles.

VEN.—(Que hablaba en voz baja con el Cuadrillero.) (De todas maneras hay que cortar por lo sano. Que duerman aquí y mañana proveeremos.) (A don Alonso.) Decid, buen hombre.

ALO.—¿Qué ocurre?

VEN.—¿Haréis noche en la venta? Porque ya es hora de que busque su descanso cada cual. (En este momento sale un mozo del mesón por segunda izquierda, y cuelga entre primero y tercer término de la izquierda un candil encendido.)

ALO.—(A Blas.) (¿Eh?) Cierto es; cerró la noche y no aguardaba yo menos de vuestra cortesía. Nos ofrecéis magnífico alojamiento; desde luego lo aceptamos. ¡Tan molidos nos dejaron aquellos pícaros, que ansiamos el momento de acomodar las carnes entre las finas holandas del mullido lecho!

VEN.—Arriba en el pajar hay dos camas dispuestas.

BLAS.—¿En el pajar?

ALO.—Sigue la chanza.

TOM.—Otras dos hay aquí, padre. (Señalando el cuarto del tercer término izquierda.)

VEN.—Pues ahí entonces.

ALO.—(A Blas.) (Esta es la castellana. ¿Oyes lo que dice? Quiere tenerme a mano.)

BLAS.—(¡Pero señor!)

ALO.—(¿Lo estás viendo? Has de dormir sólo de un ojo.)

VEN.—¡¡Vamos, vamos! (Al Coro.) Y vosotros también, a la cama. (Hace mutis parte del Coro por distintos lados.)

ARRI.—(Aparte a Maritornés.) (¿Que no me faltarás?)

MAR.—(¡Quita, bestia!)

ARRI.—(¡En cuanto estén todos recogidos!)

MAR.—(¡Tocinote!)

VEN.—Vamos, vamos.

TOM.—Adiós, padre.

VEN.—(Besándola en la frente.) ¡Dios te bendiga! (Vase Tomasa, primera izquierda.)

ALO.— ¡Hermosa castellana,
sin duelo reposad y hasta mañana!

MAR.—¡Buenas noches!

ARRI.—Muy buenas. (*Vanse el Arriero, tercera derecha. y Maritornes, segunda izquierda.*)

ALON.—(*Dejando pasar a Maritornes.*)

Pasad, princesa altiva.

Por vos debe seguir la comitiva.

UNO.—Adiós, huésped. (*Vanse varios del Coro por la segunda izquierda.*)

VEN.—¡Adiós, hijos, adiós!

ALO.— Seguid, damas hermosas.

Vaya el clavel envuelto entre las rosas.

(*Hace mutis el resto del Coro por la portalada, con muchos comentarios, risas, etc.*)

Vos, a' grupo adorable

seguid, oh venturoso Condestable.

CUA.—(*Al Ventero.*) Dios nos la depare buena. (*Entra en el cuarto primero de la derecha.*)

ALO.—(*Al Ventero.*) Los últimos nosotros, hierro en mano;

el huésped y el invicto castellano.

Ahora, vengan al punto y con fiereza

enemigos sobre esta fortaleza.

Yo sólo los espero;

yo sólo, con mi espada y mi escudero.

MIG.—(*Que ha asistido a toda la escena con grande y visible atención, nota que el Ventero está a punto de perder los estribos, y acercándose a don Alonso, dícele cariñosamente.*) ¡Bien! ¡Bien! Todo eso está muy bien, oh, campeón insigne; pero descansad, estáis rendido.

ALO.—¡Ah! ¡Hombre admirable, os había olvidado! ¡A vos, que sois la bondad misma! Nada, nada; Blas, sígueme.

Dormid, dormid en paz y sin recelo,

que yo por todos velo.

¡Adiós! (*Entra en el cuarto de la izquierda.*)

MIG.—¡Adiós!

VEN.—¡Adiós! ¡Uf, qué loco tan grande!

MIG.—¡Sí, muy grande! (*En Ventero hace mutis por la puerta grande de la derecha. Queda solo el señor Miguel.*)

El señor Miguel, un Gañán (dentro) y el Ventero.

MUSICA

(*Empieza un nocturno en la orquesta. El señor Miguel va recitando.*)

RECITADO

MIG.—Dios quiera que esta noche

pueda vencerme el sueño;

el sueño, que es a veces

el único consuelo. (*Pausa.*)

¡Qué caballero andante!

¡Qué gentil escudero!

¡Oh, sí; seguramente

voy soñar con ellos!

¡Ay! Sobre el saco duro

¡qué mal descansa el cuerpo!

(*Se recuesta en los sacos que hay hacia el foro.*)

¡Huyamos de esta vida!

¡Ven y no tardes, sueño!

(*Va durmiéndose el señor Miguel. Sigue el nocturno en la orquesta. Oyese dentro el sonar de las esquías de un*

rebaño que pasa por el campo, y la voz de un Gañán, que canta.)

CANTADO

GAÑAN.—En el cielo de Oriente

la luna raya.

El sol de nuestras noches.

La luna blanca.

¡Arre borrega!

Vuelve la luna llena

redonda y blanca.

Parece que es la luna

y es una cara.

¡Arre borrega!

Una mocita en cambio

conozco yo,

que la cara que tiene

parece un sol.

¡Arre borrega!

(Sale el Ventero, por la puerta grande de la derecha, llega a la portalada y cierra; luego aplica el oído a la puerta del cuarto de don Alonso.)

VEN.—Todo ya en silencio duerme.
La calma por fin volvió.
Al loco no se le siente.

Don Alonso, el señor Miguel (dormido). Luego Maritornes.

ALO.—Los que pedís la ayuda
de mi forzudo brazo
ya me tenéis aquí.
Aunque el dolor me postre,
para ayudar al débil
yo vuelvo pronto en mí.
En el vivir a medias
de mi incipiente sueño,
yo he escuchado quejidos,
misteriosos lamentos,
algo así como voces
y algo así como besos.
¡Oh, encantado castillo!
¿En tus lóbregos senos
guardas tú por ventura
misteriosos secretos?

(Ha ido corriéndose hacia la derecha.)

Mas, ¿qué pasos escucho?
¿Qué es, gran Dios, lo que veo?
¿Qué fantástica sombra
se adelanta a mi encuentro?

(Ha aparecido Maritornes por la puerta grande de la izquierda, andando cautelosamente, pero con torpeza, de modo que produce algún leve ruido.)

Sin duda es la hermosísima
castellana. ¡Oh, portento!
Y es claro, en busca viene
de mí, que soy su dueño.
¡Cuánto el amor la arrastra!
¡Cuánto gustarla debo!
(Acércase sin que lo vea ella, hasta que está a su lado.)

¡Es ella, sí!
MA.— (¡Jesús! ¡El loco!)
ALO.—¿Por qué tal susto?
MAR.— (¡Muerta estoy!)
ALO.—Soy un honrado caballero.

Dichos, (el señor Miguel, despierto). El Arriero Blas; el Ventero, Tomasa; el Cuadrillero y Coro general..

MAR.—¡De poco me troncha!
¡Su mano es un ascua!

¡Buenas noches nos dé Dios!
(Coge el candil y desaparece por la segunda izquierda. Queda la escena únicamente iluminada por la luz de la luna que entra por la misma puerta de la izquierda, segundo término. Sigue el nocturno; a su tiempo ábrese la puerta del cuarto de don Alonso, y aparece éste sin espada ni sombrero.)

Pruebas tendréis de lo que soy.
(Tomando una de sus manos y oprimiendo su talle, mientras Maritornes está a punto de morir de terror.)

Castellana,
tan gentil y bondadosa,
tu belleza es soberana
y tu aliento huele a rosa.
MAR.—¡Dios me ayude!
ALO.—Dejarás que te salude,
mas no tanto que te bese...
porque luego no te pese.
Yo agradezco tus favores,
y que vengas a mi lado
requiriéndome de amores.

¡Oh, dechado
de primores!
¡Oh, mi hermosa
castellana,
más preciosa
que la luz de la mañana!
Mas ya sabes que no puedo,
que es mi Tisbe sola dueña
del amor del alma mía,
que con Tisbe siempre sueña.
mi lozana fantasía.
Si con ella no lucharas,
por designios del acaso,
¡no sin gozo te escaparas
de este paso!

Castellana...
Blanca flor...
Brisa leve...
Claro sol...

Si no fuera por mi Tisbe,
te lo juro por mi honor,
¡cuán holgada y complacida
te quedaras de mi amor!

ARRI.—(Segunda derecha.)
No viene la perra,

y el tiempo se pasa.

(*Viéndolos.*)

¡Jesús! ¡En sus brazos!

¡Ah, perro, canalla!

ALO.—¿Quién osa?...

MAR.— ¡Dios mío!

ARRI.—Le parto la cara.

ALO.—¡Gigantes de nuevo!

(*El Arriero descarga una puñada muy grande sobre el rostro de dos Alonso.*)

MAR.—¡Favor, que nos mata!

¡Verás cuando sepas!...

ALO.—¡Mi yelmo! ¡Mi espada!

ARRI.—¡Ah, perra, maldita

y ah, perro canalla!

MIG.—(*Incorporándose.*)

¿Qué es esto?

HABLADO

ALO.—(*Adelantándose.*) Digo yo...

VEN.—Basta. (*Con voz de trueno.*)

ALO.—¡Oh, y qué irascible castellano! ¡Y qué puñada tan terrible la del gigante de ahora!) (*Llevándose la mano al rostro.*)

VEN.—Yo sí que digo: que seáis lo que seáis vais a salir al punto de la venta.

ALO.—¡Y dale con la venta! Pues yo os he de revelar que vuestra hija, la hermosa castellana, llegóse a mí en este patio de armas, con impetuoso requerimiento de amor.

TOM.—¡¡Miente, padre. miente!

VEN.—¡¡Miente el bellaco!

MIG.—¡Pero qué bellaco ni qué hijo de Dios? ¿No sabéis?...

VEN.—Callad vos también.

ALO.—Y en aquel punto un espantoso gigante...

BLAS.—¡Ay, amo mío, no doy tres maravilades por vuestra cara!

ARRI.—Lo que era, era: que tenía a esta en sus brazos.

MAR.—Porque yo...

ARRI.—Calla.

VEN.—¡Oh, eso sí que lo creo! ¡Mala hembra! ¡Deshonra de mi casa! (*Yendo hacia Maritornes furioso.*)

ALO.—¡No lo diréis dos veces, mal caballero! (*Echando mano a la espada... que no lleva.*)

CUA.—Sujetadle.

ELLAS.—¡¡Jesús!

BLAS.—(Ahora es cuando nos matan.)

ALO.—Basta ya. (*Gran confusión.*)

MUSICA

¡Todos están locos

aquí, menos yo!

VEN.—Salid de la venta.

ALO.—Os digo que no.

BLAS.—¡La cuarta paliza

nos dan a los dos!

(*Entra en el cuarto y saca la espada y sombrero de don Alonso.*)

CUA.—Ya basta de bromas.

ARRI.—¡Maldito bribón!

MAR.—¡¡Mal rayo le parta!

VEN.—(*Entrando, candil en mano, por segunda izquierda.*)

¿Qué ha sido?

BLAS.—(*Por la puerta de su cuarto.*)

¿Qué ocurre, señor?

TOM.—(*Primera derecha.*)

¡Ay! ¡Padre! ¿Qué pasa?

CORO.—(*Por diversos lados y con luces; un mozo del mesón abre la puerta del fondo y entra, por ella también, parte del Coro.*)

¿Qué ha sido? ¿Qué ha sido?

CUA.—(*Con un farol y espada en mano.*)

¿Qué ocurre, decidme?

VEN.—¡Silencio!

TOM.—

¡Por Dios!

(*Han aparecido todos a medio vestir.*)

TOM.—¡Qué angustia, gran Dios!

VEN.—Salid de la venta.

ALO.—Ya he dicho que no.

Las potencias

del infierno

desatadas,

arremeten

contra mí,

pero soy

el caballero

más entero,
más forzado,
que hay aquí,
y en cogiendo
yo mi escudo,
y en blandiendo
yo mi espada
bien tajada,
yo os prometo
que no queda
en el patio
de' castillo,
ni un infame
desalmado
malandrín.

TOM.—Está loco
de remate.
Más que loco.
¡Qué infeliz!

VEN.—Yo te juro
que se marcha
y no vuelve
por aquí.

MAR.—Malos mengues
me destrocen
y me pongan
a morir.

ARRI.—A esa bestia
la deslomo
en marchándonos

de aquí.

CUA.—Majadero
que perdiera
más tornillos
nunca vi.

BLAS.—No nos dejan
estos brutos
ni las pieles...
¡ay de mí!

CORO.—Caballero
más famoso
nunca vino
por aquí.

ALO.—En este encantado castillo
gigantes me vencen
con artes maléficas.
con aire feroz.

En esos libérrimos campos
abiertos a todos
aguárdolos yo.

Yo.

¡Yo!

TODOS.—¡Oh!

(*Repiten todos las estrofas iguales que momentos antes cantaran, y don Alonso con ellos.*)

ALO.—Yo aseguro
que no queda
ni un infame
malandrín.

HABLADO

CUA.—¡Se terminó el escándalo! ¡¡En nombre de la Santa Hermandad!...

MIG.—Alto ahí.

Dichos, el Ama, la Sobrina, el Cura, el Barbero, que entran apresuradamente por el foro izquierda. Después de entrar estos personajes un criado cierra la portada.

SOB.—¡Señor!

AMA.—¡Señor!

CURA.—¡Señor ventero!

BAR.—Señor ventero. Al volver hacia casa hemos oído las voces.

CURA.—Y sobre todo la suya.

VEN.—Oportunos sois, que ya iba a salir de mala manera.

SOB.—¡Tío!

AMA.—¡Señor!

CURA.—¡Señor don Alonso!

ALO.—¡También aquí vosotros, peste del diablo!

VEN.—No quiere irse ni a tirones.

CURA.—(Veréis.) No nos maldiga el ilustre y nunca bien ponderado caballero, sin que antes sepa cómo y porqué le buscamos. Hanse presentado en vuestra solariega mansión y en busca vuestra unos muy opulentos magnates que de luengas tierras vienen...

ALO.—A ver, a ver. (*Interesado ya.*)

CURA.—Y que en nombre de la gran princesa de Etiopía, cautiva de un terrible monstruo, reclaman la ayuda de vuestro poderoso brazo.

ALO.—¡Oh! ¡Haberlo dicho! Eso ya es ponerse en razón. Blas, vamos.

BLAS.—Señor...

CURA.—(¡Ah, imbécil!)

ALO.—¿No te decía que se acercaba la hora de las nuevas y felices empresas? Ya lo ves. ¿Qué importan las desdichas pasadas? Recuérdolas solo desde la altura de mi olímpico desprecio. Gente soez y miserable...

LOS DE LA VENTA.—¡Eh! (*Movimiento de amenaza.*)

SOB.—(*Deteniéndoles, suplicante.*) Deteneos, señores.

MIG.—(*A los de la venta.*) Por caridad. (*A don Alonso.*) Témplese vuestro ánimo agosto, que los que aun dudaren de vos, acabarán por admiraros. Y en nombre de los que ya os admiran oid mi voz que os dice: ¡Vaya con Dios la flor y nata de los caballeros andantes; la fortuna le acompañará, y pasará su fama de sig'lo en siglo entre aplausos y vítores!

ALO.—Habéis hablado bravamente. Y vive el cielo que por algo ya había reparado en vos. ¡Sobrina! ¡Ama! ¡Barbero escuálido! ¡Curilla estólido! En marcha, pues.

LOS DE LA VENTA.—¡Gracias a Dios!

MIG.—(*Oprimiéndose la frente con la mano.*) No, no se va, que aquí se queda.

ARRI.—(*A Maritornes.*) En cuanto te pille, te aso.

MAR.—(¡Ay, te creo!)

MUSICA

ALO.—En marcha. Vamos.

(*Dirigiéndose hacia la segunda izquierda.*)

UNOS.—Adiós.

OTROS.— Adiós.

VEN.—¡Por fin sosiego!

TOM.—¡Gracias a Dios!

ALO.—¡Señor del castillo!

¡Abrid los portones!

¡Bajad el rastrillo,

que ya ni un instante

me puedo aguardar!

LOS DE LA VENTA.—(*En s'on de burla.*)

¡Señor del castillo!

¡Abrid los portones!

¡Bajad el rastrillo!

VEN.—Marchaos y nunca

volváis por acá.

ALO.—(*Después de medio mutis.*)

¡Ah! ¡Esperad!

VEN.—(*Impacientándose.*)

¿Aún hay más?

ALO.—¡Esperad!

TODOS.—Esperad. (*Sigue la música.*)

HABLADO SOBRE LA MUSICA

ALO.—Perdonad, se me olvidó.

MIG.—¿A go importante?

ALO.—

Sí a fe.

Que vuestro nombre no sé.

MIG.—Tampoco sé el vuestro yo.

ALO.—Y era notable el olvido, puesto que, entre tanta gente, pienso que vos solamente

me habéis acaso entendido.

Pimentel, en mi lugar

me llaman, pero he pensado

por otro más adecuado

mi antiguo nombre cambiar.

Un buen caballero andante

si quiere famoso ser,

debe ante todo tener

nombre sonoro y brillante.

¡Eso parece que ensancha

su gloria!

MIG.—¡Sois un gran hombre!

ALO.—(*Llevándoselo aparte y con misterio.*)

¿Cómo os parece este nombre?

Don Quijote de la Mancha.

MIG.—¡Soberbio! En bronce y en pie-
sa ha de esculpir desde hoy. [dra

ALO.—¿Decis verdad?

MIG.— Como soy

Miguel Cervantes Saavedra.

¡C'rad laureles triunfantes!

ALO.—¡Recordadme siempre vos!

MIG.—¡Gran don Quijote, id con
[Dios!

ALO.—¡Quedad con El, gran Cervan-
[tes!

(*Estréchanse las manos. Pausa. Van saliendo por la segunda izquierda don Alonso y los suyos, el Coro, Maritornes y el Arriero. Los demás se retiran a sus cuartos, menos el señor Miguel. Continúa la música. La escena vuelve a quedar alumbrada tan so'lo por la luz de la luna.*)

El señor Miguel.

¡Qué extraña zozobra siento!
¡Dios le trajo a la posada!
Ya está mi idea encarnada.
Ya vive en mi pensamiento.
(*Con ternura.*)
Adiós, pobre loco, adés.
Nuestro encuentro bendigamos
porque tal vez le debamos
ser inmortales los dos.
Y ahora a dormir. Pobre y duro
es el lecho. ¡Bah, qué importa!
Se hará la noche muy corta
pensando en él de seguro.
(*Va a acostarse de nuevo y se detiene.*)
Hoy copia la realidad
lo que parece ficción.
Delirios de mi invención
principian a ser verdad.
Ya comienzo a entretejer
lo visto con lo pensado,
porque, a veces, yo he soñado
con lo que acabo de ver.
Y al enlazar el recuerdo
con la realidad presente,
dudo quién es el demente
de los dos, y quién el cuerdo.
¡Ah, no no! No es desvarío.
¡El vive en su vida, sí,
pero además vive en mí
con algo que sólo es mío!
Vamos, pues, vamos los dos;
cada cual con su locura,
de aventura en aventura
por esos mundos de Dios.
¡Allá van! El siervo fiel
y el buen caballero andante.
Don Quijote en Rocinante.

Sancho en su rucio tras él.
(*Exaltándose por momentos.*)
¡Qué extraordinarias visiones
mi delirio me presenta!
¡Ginés! ¡El yelmo! ¡La Venta!
¡Los yargüeses! ¡Los leones!
¡Los molinos! A lanzazos
les entra con su bridón.
Piensa que sus espas son
de cien gigantes los brazos.
Cayó en tierra.
(*Bórrase todo el fondo de la escena y
vece de pronto, con luz del día; el
campo manchego donde se supone que
ocurrió la famosa aventura de los mo-
linos. Giran las espas de éstos rápi-
damente, movidas por el viento. A
los pies de uno, en segundo término
del cuadro, y a un corto trecho el
señor de la cabalgadura, aparecen en
tierra don Quijote y Rocinante. Más
allá, Sancho, espantado. Las figuras son
ya las de la propia novela.*)
Lloro y río.

(*Volviéndose y viendo la aparición.*)
¡Jesús! ¡El! (*Muerto de risa.*)
¡Y su escudero!
¡Salud, noble caballero!
(*Don Quijote se incorpora y se fija
en Cervantes.*)
¡Ven a mí, que ya eres mío!
(*Adelántase don Quijote, hacia Cervan-
tes. Este va a su encuentro con los
brazos abiertos. La Criatura y el Crea-
dor se acercan.—Fuerte en la orquesta
y telón rápido.*)

FIN DE LA OBRA

AGENTES EXCLUSIVOS PARA LA VENTA DE ESTA REVISTA:

República Argentina: **ANTONIO MANZANERA**.—Independencia, 856.—Buenos Aires.

Precio del ejemplar en Buenos Aires: 25 centavos.

Guatemala: **DE LA RIVA HERMANOS**.—2.^a Avenida Sur, n.º 8.—Guatemala C. A.

PRENSA POPULAR.—Cálvo Asensio, 3.—Madrid.—Apartado 8.008.



Lo mejor para las canas
Brillantina India

(SIN GRASA)

Devuelve a los cabellos blancos
su color primitivo sin teñirlos

INGREDIENTES GARANTIZADOS

Marcas Registradas

PRECIO: 5 ptas. en Perfumerías y Droguerías

COMPRE USTED HOY

LA NOVELA CHICA

QUE PUBLICA

El misterio de las hayas rojas

POR

A. CONAN DOYLE

APARECE LOS DOMINGOS

10 CENTIMOS

EL FOLLETIN

HA PUBLICADO ESTA SEMANA

El judío errante

(TOMO TERCERO)

POR

EUGENIO SUE

132 páginas:

40 cts.

APRESÚRESE A COMPRAR

La parodia
"El Conde de Monte-Cristo"



¡El gran éxito del día!
¡No hay uno que no se ría!
La hipocondría se cura

con la gran caricatura
de "El Conde de Monte-Cristo"
y de "La mano del muerto".

El chófer de "Monte, Cristo"
o "La pupila del muerto".

Como todos ya sabéis
(y si no, os lo supondréis),
"El Conde" es un folletín
de los que no tienen fin,
pues causa pavor profundo
ver llegar "el fin de Edmundo".
Con él demostró el gran Dumas

ser de las primeras plumas.
Tanto Dantés circulaba,
que en todos lados se hallaba;
y hoy pasa igual, ya lo ves:
en todas partes "dan tes".
Lea quien reir quisiere

ADOLFO GARCÍA CARRERA

el cual, con gran donosura,
hizo la caricatura

de "El Conde de Monte-Cristo"
y de "La mano del muerto".

El chófer de "Monte, Cristo"
o "La pupila del muerto"

es el título que tiene
la parodia, y se previene
que en ella hay robos, secue-
tros,
bodas y otros mil siniestros.

IMPORTANTE: En esta obra
también hay muertes de sobra,
lo cual no ha de sorprender
habiendo en ella un chófer.
Si hipocondría tuviere,

ADOLFO GARCÍA CARRERA

su mal al instante cura
con la gran caricatura

de "El Conde de Monte-Cristo"
y de "La mano del muerto".

El chófer de "Monte, Cristo"
o "La pupila del muerto".

es por su sal, que no acaba, ¡EL DESMIGUEN! ¡LA KARABA!

APARECIO EL DIA 3 DE AGOSTO

PRECIO: 50 CÉNTIMOS